

## Las emociones: su gobierno y su relación con la ética (1)

Selección y comentario del Capítulo 1 de “El gobierno de las emociones”<sup>1</sup> de Victoria Camps.

Si bien hay desacuerdo en algunos aspectos, en muchos casos hay acuerdo acerca de pautas generales del comportamiento correcto. Reconocemos la importancia de la solidaridad y del cuidado del otro/a, acordamos en la importancia de actuar honestamente y hablar con sinceridad, no discutimos la necesidad de comprometerse con la búsqueda de la verdad y de hacer posible la convivencia armoniosa. Más allá de cuestionamientos a nivel teórico, de discusiones a nivel de detalle o de la importancia atribuida a cada uno, tendemos a aceptar la validez de los derechos humanos<sup>2</sup> o a considerar correctas las causas que defienden (libertad, derecho a la vida, educación, igualdad ante la ley, no discriminación, etc.).

Sin embargo, muchas veces este acuerdo racional se queda meramente a nivel verbal. Por ejemplo, consideremos las acciones vinculadas con la igualdad de género o las vinculadas con la protección del ambiente. ¿Cuántas personas son defensoras de la igualdad pero reaccionan de manera pasiva ante desigualdades evidentes? ¿Cuántas personas se sienten genuinamente preocupadas por el futuro en la tierra pero no son capaces de cambiar sus hábitos para acompañarse con esas creencias? ¿Por qué hay una disonancia tal entre nuestra razón y nuestras acciones?

Según la filósofa española Victoria Camps, una parte importante de esta situación tiene que ver con el papel de las emociones. Cualquier persona familiarizada con la filosofía, la psicología o las neurociencias reconoce la importancia de las emociones en la conducta humana. La influencia de las mismas, por otro lado, puede tener signos diversos: así como pueden ser móviles para la acción correcta, también pueden ser un campo fértil para la manipulación. Es por esa importancia que las emociones deben ser conocidas y debemos educarnos para hacer de ellas un buen uso. En palabras de Camps:



---

<sup>1</sup> Camps, V. (2011). El gobierno de las emociones. Barcelona: Herder.

<sup>2</sup> Por ejemplo, según un informe de IPSOS de 2018 (23.249 encuestados de 28 países), solamente un 6% de las personas está en desacuerdo con la existencia de leyes que protejan los derechos humanos. Puede accederse a la publicación original en <https://www.ipsos.com/en/human-rights-2018>. En el siguiente gráfico (basado en ese mismo estudio) se puede observar que solamente un 2% de la muestra considera que ningún derecho humano es importante. <https://es.statista.com/estadisticas/901250/derechos-humanos-mas-importantes-en-opinion-de-la-poblacion-a-nivel-global/>

Todas las ciencias sociales parten hoy del supuesto, exagerándolo a veces, de que somos seres emotivos y no solo racionales. De la mano de tal supuesto, lo que me propongo hacer aquí es analizar cuál es el lugar de las emociones en la ética. Las emociones son los móviles de la acción, pero también pueden paralizarla. Hay emociones que nos incitan a actuar, otras nos llevan a escondernos o a huir de la realidad. Todas las emociones pueden ser útiles y contribuir al bienestar de la persona que las experimenta, para lo cual hay que conocerlas y aprender a gobernarlas.

La ética, por influencia del pensamiento moderno, está asociada con las normas, con las leyes, con los deberes. Sin embargo, esto no siempre fue así. Como vimos al estudiar el pensamiento de Aristóteles, el comportamiento correcto y la ética en la antigüedad se encontraban directamente asociadas con la formación de un carácter. No se trata solamente de conocer lo correcto con la parte racional de nuestra mente, sino también de desear lo correcto con la parte irracional. En ese sentido es que Camps afirma que la ética es también una inteligencia emocional:

También la ética es una inteligencia emocional. Llevar una vida correcta, conducirse bien en la vida, saber discernir, significan no solo tener un intelecto bien amueblado, sino sentir las emociones adecuadas en cada caso. Entre otras cosas, porque, si el sentimiento falta, la norma o el deber se muestran como algo externo a la persona, vinculado a una obligación, pero no como algo interiorizado e íntimamente aceptado como bueno o justo. La persona equitativa no es la que paga impuestos para evitar la inspección de Hacienda y la multa que le caerá si no desembolsa lo debido, sino la que se identifica con el imperativo moral de que es bueno redistribuir la riqueza.

La *apatía* de quien no hace nada en contra de lo injusto es justamente eso, ausencia (a-) de pasiones (*pathos*), de emociones, de reacciones afectivas. Actuar de manera correcta en cualquier ámbito (incluida la educación) implica tener la motivación correcta. Y justamente esa es la etimología de la palabra emoción: derivada del latín *movere* (mover, trasladar), significa aquello que nos mueve, que nos motiva.

Es por eso que, según afirma Camps, las emociones son fundamentales para la acción sea adecuada. En sus palabras:

Una persona con carácter o sensibilidad moral reacciona *afectivamente* ante las inmoralidades y la vulneración de las reglas morales básicas. Siente indignación, vergüenza o rabia ante lo ocurrido en los campos de exterminio, los horrores de las guerras, las torturas de las cárceles, las hambrunas, la corrupción que corroe a las instituciones políticas y a quienes las administran. Esa reacción *afectiva* es necesaria para orientar la conducta en contra de lo que se proclama como inaceptable e injusto. El que carece de afecciones morales es *apático*, no se apasiona por aquello en lo que dice creer. Nada le motiva ni le moraliza porque vive *des-moralizado*.

Sin embargo, alcanza con pensar en los casos del fascismo y el nazismo para notar los peligros de la emoción como motivadora de la conducta. Nuestras emociones no nos guían naturalmente “por el buen camino”: así como experimentamos la compasión, experimentamos odio, enojo, desprecio. Alcanza con pensar en cómo diferentes propuestas utilizan el miedo para manipular a las masas. En ese sentido, en la siguiente tabla podemos observar distintas propagandas de claro componente emocional utilizadas por diversos regímenes para justificar sus acciones. Por otro lado, podemos observar dos publicidades<sup>3</sup> más actuales que utilizan contenidos emocionales (en este caso, el amor hacia las madres) para estimular el consumo de teléfonos celulares.



<sup>3</sup> Publicidades del día de la madre Movistar (<https://www.youtube.com/watch?v=Gu9I3OEiKkM>) y Antel ([https://www.youtube.com/watch?v=fMe5qHuM\\_FM](https://www.youtube.com/watch?v=fMe5qHuM_FM))

Ejemplos de usos emocionales de la imagen. En las propagandas de arriba se muestran imágenes malévolas de comunistas y judíos durante su persecución en EEUU en la guerra fría y en Polonia durante la ocupación nacionalsocialista (Bicz ludzkosci significa "Látigo de la humanidad"). Abajo, se muestran carteles que utilizan la imagen infantil para aumentar la simpatía hacia Hitler y Stalin.

Justamente, Camps propone que no debemos pasar desde un desprecio a la emoción a un culto a la emoción. Ese culto no sería más que llevar a los límites el individualismo moderno. Por el contrario, la filósofa propone evitar los antagonismos y equilibrar las emociones y la razón. La razón es estéril sin pasiones, y las emociones sin razón no garantizan que alcancemos los fines éticos de florecimiento, justicia, armonía social y respeto por los derechos de todos/as.

En palabras de Camps:

Precisamente, lo que hay que evitar son los antagonismos, no apostar por las emociones sin más ni por la racionalidad pura, pues ni los sentimientos son irracionales ni la racionalidad se consolida sin el apoyo de los sentimientos. Para ello convendrá incidir más en la naturaleza de las emociones y en el carácter positivo o negativo que pueden tener de cara a unos objetivos que también habrá que determinar. Dichos objetivos pueden ser la felicidad –como quería Aristóteles–, una vida más justa para todos o una convivencia más pacífica. Quizá sean un solo y mismo objetivo, pero habrá que explicarlo. Para llegar a ellos, o, cuando menos, vivir orientados hacia ellos, no cualquier emoción sirve. Enfadarse es, en principio, un sentimiento natural. Lo que hay que aprender es a enfadarse por lo que merece un enfado.

Pero, ¿Es posible gobernar las emociones? ¿No pertenecen a una parte irracional, ingobernable, instintiva del ser humano? ¿No vienen dada por nuestra naturaleza? Camps advierte que nuestros modos de sentir, al igual que nuestros modos de pensar, se encuentran insertos en una trama social e histórica. En ese sentido, no solo nuestras emociones se ven moduladas por las sociedades en las que vivimos. También su potencial dependerá del contexto en el cual esas emociones se manifiesten y desarrollen. Un lugar común es mencionar el papel del estrés en las sociedades primitivas (donde los estresores eran relativamente infrecuentes: un predador, un peligro, etc.) en comparación con las sociedades modernas (donde los estresores son omnipresentes). Haciendo énfasis distintos, Camps afirma:

Es posible gobernar y moderar o incentivar las emociones no solo porque la razón está para eso, sino porque las emociones no son algo supuestamente natural y espontáneo que el individuo posee debido mayormente a su dotación genética. Existe hoy también el peligro de naturalizarlo todo y decidir que lo que se supone natural no es modificable. El entorno económico, social, cultural, ideológico, jurídico en el que se

desarrolla la conducta de las personas determina en gran parte los sentimientos. Podríamos decir, creo, que existe un *sentir social* que la persona interioriza y aprende por contagio con quienes vive. Un sentir manipulable, para bien y para mal. Lo que es peligroso o un riesgo en el siglo XXI no lo fue en otros momentos de la historia; tampoco son los mismos los motivos de compasión o de vergüenza. La economía de consumo depende de su capacidad para producir deseos y la sociedad de la información sabe que los sucesos noticiables son los que llegan a las vísceras del público.